

Templo de Cibele (que es la madre de los Dioses) el qual estava cerca del rio, y viendo que soplava vn viento rezio, le pegó fuego, con el qual en breve se quemó todo, y se hizo ceniza. Quemado el Templo, no huyó Teodoro, ni se escondió, antes con grande animo, y fortaleza él mismo se manifestó, que avia sido el Autor de aquel incendio. Priendieronle de nuevo, y espantados los Juezes de verle tan intrépido, seguio, y gozoso, quisieronle con blandura, y con promesas reducir à la superstición de sus Dioses: y como el Santo se rielle, el Juez le mandó agotar fuertemente, y despues encerrar en vna cárcel tenebrosa, y sellada, y dexarle allí para que muriese de hambre. Mas aquella misma noche le apareció el Señor, y le dixo: *Teodoro está fuerte, porque yo estoy contigo. No tomes de los hombres comida, ni bebida, porque yo te daré una vida conmigo en el Cielo bienaventurada, y eterna.* Con este regalo del Señor quedó su Soldado muy alegre, cantando Psalmos, y alabanzas à Dios, y gran multitud de Angeles le ayudavan, y le davan musica en aquella cárcel, la qual oyeron las guardas, y le vieron rodeado de personas vestidas de blanco, que cantavan con él, y quedaron asombrados, y atonitos. Avistaron al Juez de lo que passava, y él vino à la cárcel, y la halló cerrada, y sellada, y entrando en ella, no vió sino à Teodoro, y rotando à certar la puerta, mandó que cada día le diessen vna onça de pan, y vn jarro de agua: mas el Santo Martir no lo quiso recibir, diciendo que Jesu-Christo su Rey, y Señor le sustentaria. Sacaronle de la cárcel, ofrecieronle grandes premios, si consentia con su voluntad: y como ninguna cosa de las que dezian, ni hazian, y apoyechasse para mellar aquel corazón fuerte, y armado del espíritu de Dios, entendiendo que perdian tiempo, llamandole facilego, impio, y blasfemo, le mandaron atormentar. Levantaronle en vn madero alto, agotaronle, desgarraronle sus carnes con garfos de hierro, abrazaron sus costados con hachas encendidas, y quanto mas le atormentavan, tanto él mostrava mayor alegría, y como si estuviera entre flores, y rosas; cantava aquel verso de David, que dize: *Alabaré al Señor en todo tiempo, siempre de mi boca saldrán sus laores.* Los verdugos despedaçavan las carnes del Santo, y el cantava como si no fuera él, sino otro, el que padecia aquellos fieros tormentos. Finalmente fue condenado à ser quemado: hizo la señal de la Cruz en la frente, y en todo su cuerpo, y con grande alegría, y regozijo entró en el fuego. Vió à vn amigo suyo, llamado Cleonico, que llorava, y dixole, Cleonico, yo te aguardo, date paciencia, y sígueme. Y cercado por todas partes de las llamas, alabando à la Santissima Trinidad dió su santo espíritu en paz, al que le avia criado, y su alma fue vista subir al Cielo, como vna luz resplandeciente. Su sagrado cuerpo tomó vna devota

muger llamada Eufebia, y con preciosos vnguentos le embolvió en vna sabana, y lo enterró en su casa lo mejor que pudo, en la Ciudad llamada Euchayta, que está debaxo de Amalfi su Metropoli. Fue el Martirio de San Teodoro à los nueve de Noviembre, el año del Señor de trecientos y quatro. Fue este glorioso Martir muy celebre, y tenido en gran veneracion en todo Oriente: por las señaladas victorias que algunos Emperadores alcanzaron de los Barbaros por su intercession. Por esto le edificaron Templos, èivan los fieles en romeria al cuerpo de San Teodoro à la Ciudad de Euchayta: y en Roma tambien se le edificó Iglesia, que oy dura, y es titulo de Cardenal Diacono. El Martirio de San Teodoro escribió el Mitafraste, y le refiere Surio en el sexto tomo. Escribió Nectario Arçobispo de Constantinopla vna oracion de San Teodoro: y otra San Gregorio Nilfeno, hermano del Gran Basilio: y en ella al cabo, hablando con el Santo Martir le dize estas palabras: *Aunque no sea posible que nuestros ojos corporales te vean, por los ruyos en nuestros sacrificios, y oraciones, y ruega à Dios que nos oya, y que te oya, que mire por tu Patria, que es la nuestra (porque la Patria del Martir, es el lugar donde padece) pide al Señor favor para tus hermanos, parientes, y amigos, que somos los presentes, y que nos defendan de nuestros enemigos, y particularmente de los Scitas barbaros que se arman contra nosotros. Como Soldado pelca valerosamente en nuestra favor, y como Martir intercede con libertad por nosotros. Porque aunque estás en el puerto, bien sabes los peligros de los que navegan: alcançanos que tengamos paz para siempre, y que nos empleemos en servir al que tu serviste, para que los enemigos fieros, y barbaros, no profanen los Templos Sagrados, y hagan Cavallerizas de los Altares. El aver gozado de quietud hasta aquí, comecemos que no ha sido por nuestros merecimientos, sino por tus oraciones: y por ellas mismas te suplicamos, que nos guardes para adelante.* Esto es de San Gregorio Nilfeno. Adviertase, que este Santo Martir Teodoro, es llamado Tito, que quiere dezir Soldado visito, à diferencia de otro Teodoro, tambien Martir, que fue Centurion, ò Capitán, llamase tambien Teodoro Amalfeno, porque murió en la Ciudad de Amalfi, y Euchayta, por el lugar adonde fue trasladado su sagrado cuerpo. En la Ciudad de Venecia dize el Obispo Equilino, que está el Cuerpo de San Teodoro Martir en la Iglesia de San Salvador, que es de Canonigos Reglares: Pero no es el deste Teodoro, sino del otro Centurion, que murió en Eraclea, y fue martirizado en tiempo de Licinio. De San Teodoro, demás de los Autores que avemos referido, hazen mencion todos los Martirologios.

LA VIDA DE LOS SANTOS TRIFON, RESPICIO, Y NINFA, MARTIRES.

A 10. de Noviembre.

FUE San Trifon tan devoto, y dado al servicio del Señor, que siendo aun pequeño hizo algunos milagros, sanando personas atormentadas del demonio, y curando otras de varias enfermedades. Levantóse en su tiempo contra la Iglesia del Señor la persecucion de Decio Emperador, que fue muy terrible, y cruelissima: y aunque algunos Christianos huian, y otros desfallecian, Trifon sin temor de los tormentos, ni de la muerte, animava à facos, y exortava à los cobardes que no temiesen los tormentos, que por rigurosos que sean, al fin con la vida se acaban, si po que pudiesen el corazón, y los ojos en aquella vida bienaventurada, que por medio dellos avian de alcanzar. Supo esto vn Prefecto llamado Quilino, mandóle prender, y atormentar en el Equileo, y desgarrar sus carnes con vnas de hierro, y quemar sus costados con hachas encendidas, y moler el cuerpo con bastones fiudosos, y atrevellarle los pies con clavos ardiendo.

2. Todos estos tormentos sufría el Santo Martir con animo esforçado, y con vn rostro alegre, como si estuviere en alguna huerta amena, y delectosa. Viólo vn Tribuno llamado Respicio, y maravillóse de tan grande costancia, y alegría, en tan duras penas: y alumbrado de Dios entendió, que aquella no era cosa humana, ni lo podia ser, sino obra sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y propria de la mano de Dios, que esforçava à su soldado, y le hazia dulces los tormentos, y sabrosos los duplicios, porque los sufría por su amor: lo qual no hiziera, sino fuera verdadera aquella fè, y creencia, por la qual los padecia. Y entendido en amor de Dios, y animado con el exemplo de Trifon, confesó publicamente, que era Christiano, y luego echaron mano del, y le atormentaron juntamente con su Santo Compañero. Llevaronlos à los dos à vn Templo, para que adorasen vna estatua de Jupiter. Púose de rodillas Trifon para hazer oracion à Dios: y luego cayó aquel Idolo en tierra hecho pedaços. Estava presente vna Doncella Gentil, de las Virgenes Vestales, llamada Ninfa, y vió el milagro, y que aquella estara por la oracion de Trifon avia caído, y deshechose, alçó la voz, y comenzó à dezir, que Jesu-Christo era verdadero Dios, y los que adoravan los Gentiles, eran falsos, pues no podian resistir à la oracion de vn hombre Christiano, ni defenderse de su poder. Por estas palabras asieron à Ninfa, y la atormentaron en compania de Trifon, y Respicio, y agotaronlos con plomadas, con tanta crueldad, que todos tres acabaron sus dicho-

fos dias en aquel Martirio, y dieron sus almas al Señor en diez de Noviembre del año de ducientos y cinquenta y dos, Imperando el ya nombrado Decio.

3. La Historia del Martirio destes Santos es diversa, porque vnos escriben que fueron martirizados en Saxonia. Otros en Apamea en Siria. Otros en Nicea de Bitinia: y otros dizen cosas diferentes, assi de la patria en que nacieron, como del lugar en que murieron, que se pueden ver en el Cardenal Baronio. Los cuerpos destes bienaventurados Martires están en Roma, en el insigne hospital de *Santi Spiritus in Saxia*, debaxo del Altar Mayor. Y por ventura los que dixeron que avian muerto en Saxonia, se engañaron, pensando, que el lugar de su sepultura avia sido el de su Martirio: y que Saxia era Saxonia, no siendo sino vn barrio de Roma, que está entre la Iglesia de San Pedro, y el Tiber: y por aver allí habitado muchos Saxones que vivieron en Roma, despues que los sujetó Carlos Magno, se llamó el barrio, à la escuela de los Saxones, y en este barrio está el hospital de *Santi Spiritus*, y en él (como diximos) los cuerpos destes gloriosos Martires. Hazen mencion dellos los Martirologios Romano, y de Vsuardo, y el Breviario de Pio V.

LA VIDA DE SAN MARTIN, Obispo, y Confessor.

EL Bienaventurado San Martin Obispo, y dechado de Santos Obispos, nació en vn Pueblo de Hungria, llamado Sabazia, y se crió en Italia en la Ciudad de Pavia. Sus Padres fueron Gentiles, y segun el siglo Nobles: su Padre fue Soldado, y Maestro de Campo, y desçó que su hijo se inclinasse à las cosas de la guerra, y de la Gentilidad, como él. Pero Martin siendo de diez años, contra la voluntad de sus Padres se fue à la Iglesia, y pidió que le hiziesen carecumento: y siendo de doze años, trató de retirarse al Yermo, y huvieralo hecho, si su tierna edad no le lo esquivara: mas con la voluntad siempre se inclinava à las cosas de piedad, y devocion, frequentando las Iglesias, y apartandose del bullicio del siglo, y conversando mas con Dios que con los hombres. Succedió que el Emperador Constantino mandó, que todos los hijos de los Soldados viejos se escribiesen en lista para la guerra, y con este caso que Martin se pretendió elusar, no le fue posible, porque su mismo Padre le descubrió: y assi fue forçado de tomar las armas, è ir à la guerra, llevando consigo vn criado, à quien tratava, no como à criado, sino como à compañero, sirviendole tanto como era servido del, descalçandole, limpiandole los vestidos, y dandole à comer en la mesa. Guardóse con gran cuydado de los vicios, que comunmente acompañan à los Soldados. El tra-

amiento de su persona era llano, y moderado, y mas parecia de Monge, que de Soldado. Era muy sufrido, y muy caritativo. Socorria las necesidades de cada vno, como podia: consolava con gran caridad, y gracia à los afligidos: visitava los enfermos, y repartia liberalmente lo que tenia à los pobres: y particularmente fe enterencia quando veia alguno desahogado, y desnudo. Y en este genero de piedad fue notable vn exemplo que nos dexò de su gran misericordia, y fue assi, que estando vn dia de Invierno en compania de otros Soldados à la puerta de la Ciudad de Amians (que es cabeça de la Provincia de Picardia en Francia) vino vn pobrecito desnudo, temblando, y triritando de frio, pidiendo alguna limosna para abrigarse: y como los demás Soldados no le socorriesen, Martin entendiendole que Dios le embiava aquella ocasion para merecer, no teniendo otra cosa que dar al pobre, sacò su espada de la bayna, y cortò por medio la clamide, y vestidura Militar que llevaba, y diò vna parte della al pobre, y con la otra parte, lo mejor que pudo, se cubrió. Diò este hecho mucho que reir à los hombres livianos, y vanos: y que llorar, y materia de compungirse à los cuerdos, y graves. Viòse bien, quan agradable avia sido à Dios aquella obra: porque la noche siguiente le apareció Christo nuestro Señor, cubierto con aquel pedaço de capa, diciendole, que mirasse bien, si aquella era la vestidura, que él avia dado vn dia antes al pobre: y burlandose à vna muchedumbre de Angeles que le acompañavan, con voz alta les dixo: *Martin siendo à un catecumeno me ha cubierto con esta vestidura.*

2 Tanto elima el Señor lo que se haze con el pobre por su amor, y tan bien paga qualquier servicio que se le haze. No se desvaneció Martin con este favor del Señor, antes reconociendo, y magnificando mas la gracia del Cielo, se determinò de retirarse à vida perfecta: y mientras que no podia romper las cadenas que le tenian con el cuerpo en el siglo, vivir con el coraçon, y con el deseo en el Cielo, y assi lo hazia. Mostròse bien, que Dios le guiava, y le tenia de su mano, porque militando en el exercito de Juliano Apollata, primo hermano de Constantio Emperador, y aviendo entrado los Alemanes con vn poderoso exercito en Francia, pidió Martin licencia para dexar las armas, y recogerse: y atribuyendo esto Juliano à cobardia, y al temor de la batalla, que el dia siguiente se avia de dar à los enemigos, Martin con grande animo le respondió, que para que entendiesse, si el pedirle licencia, nacia de deseo de servir à Dios, ò de temor: que él estava aparejado el dia siguiente de ponerse al punto de la batalla delante de la vanguardia, sin rodela, ni celada, ni otra arma alguna, sino de la señal de la Santa Cruz, y con ella armado entrar por medio del

esquadron de los enemigos. Enojado Juliano destas palabras, y pareciendole que eran de Soldado fanfarron, le mandò prender; para el dia siguiente ponerle desarmado al encuentro de los enemigos. Mas estando todos suspensos, e interpretando cada vno, segun su afecto este hecho, y aguardando el successo, luego à la mañana vinieron Embaxadores de los Alemanes, pidiendo paz à Juliano, y sujetandose à su obediencia. Lo qual se atribuyó à la santidad, y à las oraciones de San Martin, que alcanzaron de Dios, que trocasse los coraçones de aquellos barbaros, y diessse vna tan señalada victoria sin sangre à Juliano, para librar suavemente à Martin del peligro que pudiera tener entre las espadas, y lanças, aunque dellas le podia librar con su brazo poderoso. Despidiòse de la guerra San Martin, y entendiendole que el Bienaventurado San Hilario, Obispo de Puyers florecia en doctrina, y santidad, se fue à él, y se le diò por Discipulo: desandando ser guiado por su mano, y llevado à la perfeccion. Quiso San Hilario ordenarle de Diacono, y él nunca lo consintió, teniendose por indigno: y à la fin le hizo Exorcista, y San Martin lo acceptò, por ser oficio (aunque Ecclesiastico) no de tanta honra, y estima. Estando en esto, tuvo revelacion de Dios de bolver à su Patria para ayudar à sus Padres, que todavia eran idolatras: y él por obedecer al Señor baxò la cabeça, y tomando la bendicion de San Hilario, con muchas lagrimas de ambos, se despidió del, y de los otros compañeros avilandoles, que en aquella jornada avia de tener grandes trabajos, y dificultades.

3 No se engañò, porque al passar de los Alpes cayò en manos de ladrones, que le quisieron matar, y vno dellos avia ya alcado la espada para descargarla en la cabeça del Santo: pero fue detenido por voluntad del Señor, de otro que no era tan inhumano: y en efecto le prendieron, y le ataron para despojarle. Preguntado quien era, y si tenia miedo, y respondido que era Christiano, y que nunca avia estado mas seguro, y con menos temor, porque sabia que en los mayores peligros està Dios mas presente, para ayudar à los que constan en él. Pudo tanto con el exemplo de su constancia, y con las palabras que dixo à vno de aquellos saltadores, que se convirtió, y se hizo religioso, y fue el que contó lo que en aquel trance les avia pasado con San Martin.

4 Siguiendo su camino, y pasado à Milán, se le apareció el demonio en forma humana, y le preguntò adonde iba: el Santo le respondió, que iba donde le llevaba Dios. Entonces el demonio le replicò. Do quiera que tu vayas, y qualquiera cosa que tu emprendas, ten por cierto que el demonio te será contrario. Aquí San Martin dixo aquel verso del Profeta David.

De-

Dominus mihi adiutor, non timebo quid faciat mihi homo. El Señor es mi ayudador; y por ello no temeré lo que el hombre puede hazer contra mí. Y diciendo estas palabras, el engañador subitamente desapareció. Llegado à su patria, procurò con gran enyado de reducir à sus padres al conocimiento, y amor de Dios verdadero: y la madre se convirtió, su padre se quedó con su ceguedad, y dureza, con no poco sentimiento del Santo hijo: aunque Dios le consolò con otros muchos, que por sus exortaciones, y exemplos entraron por las derechas sendas de nuestra Santa Religion.

5 Tambien padeciò mucho en esta jornada por la defensa de la Fè Catolica: porque aviendo se estendido tanto, y tomado muchas fuegas la heregia Arriana, el con grande espíritu, y zelo, se opusò à los hereges: de los quales fue cruelmente perseguido, y preso, açotado, y afrentado publicamente, y con varias injurias, y penas maltratado. De manera que fue forzado bolverse à Francia, en busca de su buen Maestro S. Hilario. Pero aviendo entendido, que él tambien avia sido desterrado della por la Fè Catolica, se fue à Milán, con intento de hazer vn pequeño Monasterio, y estarle allí, hasta que Dios le descubriessse otra cosa. Era en aquella sazón Obispo de Milán Auxencio, grandissimo herege, y cabeça de los Arrianos: y fueron tantas las molestias, y malos tratamientos que hizo à San Martin, que le echò de la Ciudad, y él determinò de esconderse con vn Sacerdote, gran siervo de Dios, que le hizo compania, en vna Isleta desierta del mar Tirreno, llamada Galinaria. Allí estuvo sustentandose de las yervas del campo, hasta que supò, que S. Hilario era tornado de su destierro à Francia, adonde le fue à buscar, y fue recibido del con singular gozo, y alegría. Aquí fuera de la Ciudad de Puyers, hizo San Martin vn pobre Monasterio para sí, y para algunos de los que le seguian. Entre estos fue vn Catecumeno, el qual estando vna vez San Martin fuera del Convento, cayò en vna enfermedad tan rezia, que dentro de pocos dias le quitò la vida, y movió sin ser bautizado. Bolió el Santo à su casa, y hallò à sus Monges muy afligidos, por lo que avia sucedido, y el cuerpo del difunto yà à punto para darle sepultura. Llegòse à él, triste, y desconsolado, miròle atentamente con gran sentimiento, y con impulso particular de Dios, mandò que todos se fuesen de aquel aposento, y cerradas las puertas, se estendió sobre el cuerpo frio del difunto, y haziendo oracion fervorosa suplicò al Señor que le diessse vida: y el Señor lo hizo de manera, que entrando en el aposento los que estavan aguardando, hallaron vivo con grande admiracion, y espanto al que estavan para enterrar. Con esto el Catecumeno resucitado, recibió luego el agua del San-

Tom. III.

to Bautismo, y vivió muchos años: y contava como aviendo salido su alma del cuerpo, avia sido presentada delante del Tribunal de Dios, y que avia sido condenada à estàr en lugares oscuros, y tenebrosos; mas que despues entendiendo de los Angeles que San Martin suplicava por ella, el Juez se la mandò entregar, para que le restituyessen la vida, y la presentassen de su parte à su siervo Martin. Otra vez aviendo entendido, que vn criado de vn hombre honrado, y rico, llamado Lupicino, se avia ahorcado, movido de lastima, y compasion de aquel hombre desventurado, y de las lagrimas de vna gran muchedumbre de gente, que le salió al camino, llorando, y lamentando este caso, se entrò en el aposento donde estava tendido el cuerpo muerto: y haziendo oracion por él, se levantò Lupicino vivo, y tomando por la mano al Santo, le acompañò hasta la puerta de la casa en presencia de toda aquella multitud de gente, que llena de gozo, y demaravilla, no cessava de glorificar en San Martin la inmensa bondad, y la omnipotencia del Criador.

6 Con estos milagros tan grandes, y tan evidentes de dos muertos resucitados, començò el Pueblo à tener à S. Martin por varon Apostolico, y en las obras muy poderoso, y como en este mismo tiempo, por la muerte del Obispo vacasse la Iglesia de Turs, todos pusieron los ojos en S. Martin, deseando que el fuesse su Prelado, y Pastor. Mas porque sabian que el lo recusaria, y que no le podrian sacar facilmente de su Monasterio, vn Ciudadano llamado Rubico, fingiendo, que su muger estava gravemente enferma, y suplicandole que viniesse à darle la bendicion, le sacò del Convento con engaño. Tomaronle como preso con la mucha gente que tenian puesta en celada, y le llevaron à la Iglesia para hazerle Obispo, con suma alegría, y contentamiento universal de todo el Pueblo: aunque no saltaron algunos que repugnaron, diciendo, que era persona vil, y de poca presencia, desgrenado, mal vestido, y al fin, indigno de ser Obispo. Pero como el negocio era de Dios, prevaleció la eleccion que el avia hecho en el Cielo, y fue confirmada en la tierra, no sin algunas señales Divinas. Y S. Martin fue puesto en la silla, saltando todos de plazer, y jubilo, y solo el llorando por verse tan honrado, y puesto en vna dignidad, de la qual él se tenia por tan indigno.

7 Pero quien podrá explicar las cosas, que este santissimo Pastor hizo en apacentar, y acrecentar el rebaño, que Dios le avia encomendado: y como supò conservar la virtud de hombre particular, y añadir las excelencias de hombre publico, y juntar en vno la humildad de Monge, y la vigilancia de Prelado, y la accion de Marra, con la contemplacion de Maria? Porque demás de aver levantado en Francia Monasterios de Monges, fue el primero que en ella juntò la vida Monaca con la Clerical, como lo hizo

Bb

San

San Agustín en Africa. Y de tal manera hermano los ejercicios de los Monasterios con los de la Iglesia, que de su escuela salieron muchos Obispos excelentes en los vnos, y en los otros, en la contemplacion, y en la accion. En el tratamiento de su persona no hizo mudança alguna: la comida era la misma que antes, el vestido pobre, y vil como solia. Retiróse à vn Monasterio que edificó como media legua de la Ciudad en vn lugar algo fragoso, y cercado del rio Luera, donde vivia con sus Monges que eran ochenta, y por la mayor parte de sangre noble, y criados antes có mucho regalo. Los quales por amor de Christo se avian abraçado có su Cruz, y movidos con el exemplo de S. Martín, vivian en la tierra como vnos Angeles del Cielo. La habitacion que tenian era estrecha, y las Celdas angostas, y cavadas en la peña, y más para meditar la muerte, que para conservar la vida. Ninguno tenia cosa propia, todos vivian en comun: comparó vender, à nadie se permitia. Pocas vezes salian de la celda, sino para hazer oracion en comun. Comian todos juntos à la tarde, aviendo ayunado todo el dia. Ninguno gustava vino, sino por enfermedad. Su vestido era por la mayor parte de pelos de camello, huyendo de los paños delicados, y de precio, como escandalosos, y contrarios al espíritu de Religion. A todos sus Discipulos era dechado San Martín, y con sus exemplos los incitaba à toda perfeccion, y no menos con sus palabras, y consejos. Recibia à los huéspedes que venian de varias partes à visitarle, con extraordinaria caridad, y humildad: y el mismo les lavava los pies, y les dava aguamanos, y servia. Y después de averles dado con templança, la refecion del cuerpo, dava al espíritu su pasto, y vn combite suavissimo, con sus razonamientos espirituales. Nunca perdía tiempo de dia, y las noches las gustava en vela, y en oracion. Dormia en el suelo cubierto de vn aspero cilicio. De la comida, y del sueño, no dava más à su cuerpo de lo que pedía la estrema necesidad. Guardavale con gran cautela de juzgar las intenciones de otros: è interpretava quanto podia sus acciones, y echavalas à la mejor parte: mirando siempre por la fama, y reputacion de sus proximos. Compensava las injurias que le hazian con oraciones, y con llorar muchas lagrimas por los que se las hazian, dando siempre bien por mal à los que le agraviavan. Nunca le vieron reir vanamente, ni estar triste, sino siempre con vn mismo semblante, y con la misma paz del alma, y gravedad de rostro en qualquiera variedad de cosas prosperas, y adversas, alegres, y tristes. La misericordia, y limosna para con los pobres parece que avia nacido con èl, que no era en su mano dexar de socorrer à qualquiera menesteroso de la manera que podia. Vna vez yendo à la Iglesia à dezir Missa, vna mañana de Invierno, topó à vn pobrecito desamparado, que se moria de frío:

mandó al Arcediano que le vistiese, y enerió en la Iglesia, è hecha oracion al Señor, se recogió à la Sacristia para vestirse. El Arcediano, ó por descuido, ó por no tener con que, no remedió al pobre: el qual se entró en la Sacristia, y se puso delante del Santo Obispo quando se le avia mandado. Sintiólo mucho, y haziendo apartar al pobre se quitó la tunica, y se la dió, facandola como pudo debaxo de la casulla, que yá tenia vestida: y saliendo después à dezir Missa: quiso nuestro Señor honrarle, y mostrar quan grata le avia sido aquella caridad, que avia vlado con el pobre: haziendo que de la cabeza del Santo, al tiempo que estava en el altar, saliesen rayos de luz, y vna comallama de fuego: la qual vieron (entre innumerable Pueblo que allí estava) solos tres Monges, y vn Clerigo, y vna Santa Donzella. Pues que diré de la paciencia, sufrimiento, y mansedumbre deste Santo Varon? Y de los modos que tenia Dios para manifestarle, honrarle, y magnificarle en la tierra? Yva vna vez visitando su Diócesi (lo qual hazia con sumo cuydado, y edificacion) y los que le acompañavan se quedaron atrás. Topóse el Santo con vna carroza de soldados, que caminavan muy apriciada: espantaronse los cavallos viendole, y embarcaronse de manera, que los soldados se embravecieron, y con el enojo salieron del coche, y juntamente fuera de sí, y dieron muchos palos à San Martín. sin conocerle: y le maltrataron de fuerte, que cayó en tierra medio muerto, sin abrir el Santo la boca para quejarle, ni dezir palabra, ni mostrar sentimiento, ni amargura. Hallaronle los compañeros que le seguian, lleno de heridas, y ensangrentado, y con gran dolor le pusieron sobre el jumento en que iba: mas el Señor castigó aquellos soldados, que con tanta impiedad avian puesto las manos en su siervo. Por que los cavallos, como si fueran de piedra, quedaron inmóviles, sin poderlos mover, ni hazerles dar vn passo. Y conociendo que era castigo de Dios, preguntaron, quien era vn pobre caminante, de tales, y tales señas: y entendiendo que era San Martín (cuyo nombre era más conocido que la persona) se echaron à sus pies, pidiendole humildemente perdón de su atrevimiento, y locura: y el Santo, que avia tenido revelacion de lo que avia de suceder, y lo avia dicho antes à sus compañeros, los recibió amorosamente, y alcanzó con sus oraciones de Dios, que pudiesen partirle libremente. No es menos notable la paciencia, y mansedumbre que usó con Bricio, vno de sus Clerigos: el qual aviendo sido antes criado honorablemente en vida Religiosa, después que se hizo Clerigo comenzó à desmandarse, y à darse à gultos, y entretenimientos, y vanidades del siglo. Avisóle San Martín, como padre, del escandalo que dava con su vida: y el pobre hombre, no solamente no se enmendó, y compungió

con

con las palabras blandas del Santo, antes romandolas por afrenta, è injuria, vino al Monasterio echando llamas de fuego por los ojos, y con el rostro turbado, y como fuera de sí, delante de mucha gente dixo mil injurias, y baldones à S. Martín: y saltó poco, que no pudiese en èl las manos. Avia visto el Santo antes que Bricio llegasse al Monasterio, dos espíritus malignos que se llamavan, y le atizavan para que se vengasse del. Y por esto, y por su acostumbrada suavidad le trató con tan grande mansedumbre, que Bricio quedó confuso, y le pidió perdón, y con sus oraciones alcanzó de Dios que se enmendasse, y le sucediese en el Obispado, y assi se lo dixo el mismo, y que en el padecería mucho. Y aunque quando el lo dixo, pareció cosa de risa, y Bricio hizo burla, teniendo à San Martín por insensato, mas muerto que fue, se cumplió todo lo que èl avia profetizado, y con gran concordia del Clero, y del Pueblo, fue elegido Obispo por Prelado de aquella Iglesia: y èl la governó tan santamente, y padeció tanos, y tan graves persecuciones, que se cumplió bien lo que San Martín le avia pronosticado: y fue santo, y como à tal le celebra la Iglesia en los treze de Noviembre. Todo este buen suceso alcanzó San Martín con su singular paciencia, y mansedumbre, con la qual sufrió à Bricio, y le ganó para Dios. Nunca se pudo acabar con el que le privasse del grado que tenia, ni le castigasse, como muchos se lo persuadian: à los quales respondia el Santo, Jesu-Christo sufrió à Judas, y vosotros no querays que yo sufra à Bricio? Con esta misma mansedumbre nunca se vengava de las injurias, y agravios que se le hazian. Con esta perdonava muy facilmente à los que le reconocian, y admitia à reconciliacion, y penitencia à los pecadores que lloravan sus culpas: y el perpetuamente se olvidava dellas: en tanto grado, que el demonio, como enemigo de nuestra salud, vna vez le reprehendió dello, y le dixo: que Dios no perdonava à los que le bolvian las espaldas, y citan en graves pecados. Al qual el Santo respondió, con gran seguridad, y confianza en Dios: Si tu desventurado dexalles de tentar à los hombres, y te atreviesieses, yo confiado en la bondad de Dios con gran seguridad te prometeria su misericordia.

8 Que diré de las otras heroicas, y esclarecidas virtudes deste santissimo varon? Especialmente del zelo ardentissimo que tuvo de conservar, y amplificar en todas partes la Fè Católica? Y de aquella sed insaciable de ilustrar, y estender la Christiana Religion, y extinguir las Reliquias de la Gentilidad, que en su tiempo aun duravan en algunas partes? Yendo vna vez à la Ciudad de Chartres, hubo de passar por vna aldea que era toda de Gentiles: los quales por la fama del Santo salieron todos à verle, y concurrió tanta gente, que los campos estavan cubiertos de labradores Idolatras, y sin conoci-

Tom. III.

miento de Dios verdadero. Quando los vió el Santo Prelado, enrrecióse en gran manera, y con enrañable afecto, poniendo los ojos en el Cielo comenzó à predicarles la palabra de Dios, y comidarlos à la salud eterna, con vn sentimiento, y con vnas palabras, voz, y energia tan grande, que fe veia bien que no era èl el que hablava, sino Dios en èl. El qual para dar eficacia à las palabras de San Martín, y confirmarlas con su brazo poderoso para bien de toda aquella gente rustica, y ciega, ordenó que vna muger le traxesse allí delante va hijo vnico, que poco antes se le avia muerto, suplicandole que le restituyesse la vida, pues era amigo de Dios, y tan facilmente lo podia hazer. Juatonse con los ruegos, y con las lagrimas de la madre, los sollozos, y la intercession de todo aquel Pueblo: y S. Martín juzgando, que aquel milagro seria ocasion, para que se convirtiesse à la Fè de Christo, hizo oracion, y le refució, y le bolvió vivo à su madre (que estava pasmada, y como atonita, y fuera de sí de alegría) en presencia de toda aquella gente: que movida de lo que avia visto, alzando vn grito al Cielo, corrió con grande impetu, y se echó à los pies del Santo, pidiendole, que los hiziesse Christianos, quedando el mas contento por aver ganado aquellas almas al Señor, que si huviera conquistado vn Reyno, è alcanzado qualquiera otra cosa temeraria. Con este mismo zelo procuró desatrayar la memoria de toda Gentilidad, y culto profano: sin tener cuenta con la dificultad de la empresa, ni con el odio de los Gentiles, ni con lo peligroso, ni con la magnificencia, y sumptuosidad de los Templos, y edificios que se ponía à derribar. Y Dios N. Señor le favorecia visiblemente, para que saliesse con su intento, y acabasse qualquiera cosa en que ponía su mano, por más difícil, è imposible que pareciesse. Quiso derribar vna torre alta, y de muchas piedras, labrada con grande arte, y costa, porque avia sido dedicada à vn Idolo. Y avendolo encomendado à vn Clerigo, llamado Marcelo, y entendido que el no lo avia hecho (porque no tenia aparejo para derribar vna maquina, y vn edificio tan fuerte) S. Martín gastó toda la noche en oracion, y luego à la mañana vino vn torbellino de vientos, truenos, relámpagos, y rayos sobre èl, y le arrancó de sus cimientos, y le aflojó, con espanto, y admiracion de todos. En otro lugar estava vna columna altissima, y encima della vn Idolo, y queriendo el Santo arruynarlo, y no teniendo forma para hazerlo, acudió à sus acostumbradas armas, que eran la oracion, y subitamente apareció en el Cielo à vista de todos los que allí estavan, otra columna, la qual cayendo con grandissimo impetu sobre estotra de piedra, la desmenuzó, è hizo polvos el Idolo que sobre ella estava. En otro lugar aviendo aflojado vn Templo de los Gentiles, quiso echar en tierra vn alto pino, que allí estava dedicado

Bb 2

al

al demonio. Opusieronse los Gentiles, y vno dellos mas atrevido, y agudo, alzando la voz le dixo: Si tu tienes tanta confianza en tu Dios, nosotros mismos cortaremos esto arbol, con tal que tu quando cayere, le sostengas, y sustentas con tus ombros. Aceptò el partido. Cortaron el arbol, y araron al Santo Pontifice por los pies para que no pudiese huir: y el como vna estatua se estubo quedo sin moverse con gran seguridad, hasta que inclinandose el arbol, y viniendo con gran ruido à caer sobre el, sin turbarse algò el braço, è hizo la señal de la Cruz, y luego al momento el pino se rebolió en la parte contraria, y saltò poco que no oprimièssè, y matasse à los mismos Gentiles que le avian cortado. Los quales por vn prodigio tan extraño, y tan repentino, alzando las manos, y las voces al Cielo, se rindieron à la voluntad de S. Martin, y se convirtieron à Christo. Y desta manera en poco tiempo, por la diligencia, y vigilancia del Santo Prelado, se desfarayò de toda aquella tierra la Idolatria, y no quedò lugar que no fuesse de Christianos, y lleno de Iglesias, y Monasterios. Porque solia el siervo de Dios en arruynando vn Templo de demonios, edificar luego en el mismo sitio vna Iglesia de Dios verdadero, ó vn Convento de Religiosos, para que en el fuesse adorado. Otra vez aviendo pegado fuego à vn antiguo, y Noble Templo de Idolos, se levantò vn ayre reziro, que llevaba el incendio à las casas èl vezinas, con peligro de incendiarse en las demás: y se temia, que con el sentimiento de su daño particular, aquellos Gentiles se armarian para vengar la destruccion del Templo, y la ruina de sus Dioses. Entonces San Martin, armado con la Fè de Christo Nuestro Redemptor, subiendo al texado se opuso contra la llama, que venia con gran furia: la qual en viendo al Varon de Dios, en vn momento bolviò atrás, y se retirò contra la violencia del viento; y desta manera quedaron las casas libres del fuego, y del peligro: y S. Martin con su sola presencia, hizo lo que todo el Pueblo con el agua, y con otros remedios no pudiera hazer. Otra vez queriendo sololar otro Templo de Idolos muy famoso, por las muchas riquezas que avia en el, y por la gran supersticion con que era venerado: los Gentiles le resistieron, y le echaron con ignominia, y afrenta. Retiròse el Santo à hazer oracion en vn lugar alli cerca, donde estubo 3. dias continuos, ayunando, vestido de cilicio, y cubierto de ceniza, y al cabo dellos le aparecieron dos soldados de la Celestial milicia, armados con escudo, y lanza, y le dixeron que venian à ayudarle en el nombre del Señor, contra toda aquella muchedumbre de Paganos, que bolvièssè seguramente à su empresa, y no temièssè. Bolviò San Martin, y sololò el Templo, destruyò los altares, y deshizo los Idolos, estantò toda la gente atonita, y palmada, è inmobile: y conociendo que aquella no era obra de

hombre sino de Dios, se convirtió à aquel Señor, que por medio de su siervo la avia obrado: confesandò, que no eran Dioses los que no avian podido resistir à vn hombre, y que solo era verdadero Dios el que predicava S. Martin. No es menos de maravillar lo que le sucediò otra vez en la Provincia de Borgosa, donde queriendo el Santo destruir vn Templo de paganos, vna grande muchedumbre de labradores le hazian resistencia, y vno dellos desembaynando la espada, vino para herir al Santo, y el sin turbarse subitamente echò el manto, y tendiò el cuello desnudo para que le hicièssè, y alzando el impio el braço para hazerlo, cayò alli de espaldas delante de todos, y quedò tan desparado, y asfombrado, que se postò à sus pies, y le pidió perdon. Y otra vez en otro semejante caso, queriendo vn hombre malvado matarle, se le cayò el arma que tenia de las manos, y no pareció mas.

9. Desta manera andava S. Martin exercitando su gran zelo, en desfaraygar la Idolatria del mundo, y amplificar el nombre, y gloria de Dios: y el mismo Señor le iba èl amparando, y defendiendo por vna parte, y por otra ilustrandole, y ensalzandole con tantos, y tan grandes milagros, y haciendole glorioso, no solamente en los ojos de la gente comun, sino tambien de los Principes de la tierra: como se viò en lo que le acaeciò con vn señor principal, y Proconsul llamado Tetradio, que era Gentil, y tenia vn criado gravissimamente atormentado del demonio. Este rogò à S. Martin, que pusièssè las manos sobre su criado, y le sanasse: mandò el Santo que se le truxèssè, mas el demonio se hizo fuerte, y no fue possible sacar al criado fuera de la casa de su amo. Entonces Tetradio suplicò à S. Martin que fuesse à su casa, y curasse aquel pobre hombre: pero el Santo no lo quiso hazer, diziendole, que no queria entrar en casa de hombre Gentil, y profano: y con esto Tetradio prometió de hazerle Christiano, si librava à su criado del maligno espiritu que le atormentava: y S. Martin entrò, y le sanò, y Tetradio se bautizó, y reconociò siempre à S. Martin por padre de su alma, y como à tal le reverenciò.

10. Mas admirable cosa es, la que le sucediò con vn Conde, que se llamava Adiciano, hombre cruel, y aspero de condicion, y que mas parecia fiero que hombre. Este entrò en la Ciudad de Turs vna vez, con animo de destruirla, atormentando à muchos della con varios generos de penas, y suplicios. La noche antes del dia en que el Conde avia de executar su crueldad, siendo S. Martin avisado de su mal intento, estando todos reposando à sueno sueño, se fue solo à la puerta del Palacio del Conde, y se puso en oracion. Dormia Adiciano muy sollegado, y oyò vna voz que le dixo: El siervo de Dios està tendido en el suelo à tu puerta, y tu duermes? Desparado con esta voz, saltò de la cama, y llamando à sus criados les dixo: que

San

San Martin estava à su puerta, y les mandò que luego le buscasen. Los criados (como suelen) apenas salieron de los primeros aposentos, y bolvieron à su señor, haziendo burla de lo que les avia dicho: porque avia sido sueño, y no avia tal hombre à su puerta. Creyòlo Adiciano: tomòse à dormir, y de nuevo se sintiò reprehender con mayor fuerza, y espanto. Levantòse luego, y el mismo salió fuera de su casa, y hallò al Santo que buscava. Echòse à sus pies, y dixo-le, que no tenia necesidad de decirle palabra, porque el haria todo lo que le mandasse: que le rogava que se partièssè luego, para que la ira de Dios no vinièssè sobre èl. Partiose el Santo, y el Conde llamó luego à sus oficiales, y mandòles soltar todos los presos que tenia para atormentarlos: y èl se salió de la Ciudad, quedando toda muy alegre, y como respirando, y alabando al Señor, porque la avia librado por medio de su Pastor, y de los dientes de aquel lobo carnizero. Estalo tanto, que no se hartava de fangre humana, y solamente parecia hombre, en no ser tan cruel, quando estava presente San Martin. El qual viò vn grandissimo demonio à las espaldas de Adiciano, y con el soplo le ahuyentò, y le echò de alli: y desde aquella hora començò Adiciano à ser mas blando, y benigno. No es de menor admiracion lo que acaeciò à San Martin con el Emperador Valentiniano el Mayor, que de su condicion era severo, y tenia vna muger herege Ariana, que le instigava contra los Catholicos. Por esto aviendo sabido que San Martin iba à tratar con èl algunos negocios de que el no gustava, mandò que no le dexàssè entrar en Palacio, por no tener ocasion de negarle lo que le venia à pedir. Fue S. Martin vna, y dos vezes, y no pudo aver audiencia, y no por esto perdiò el animo, antes se armò de oracion, cilicio, ceniza, y ayuno. El septimo dia de su oracion, y penitencia, vino vn Angel del Cielo que le dixo: que se fuesse à palacio, porque hallaria las puertas abiertas, y al Principe mas blando, y humano. Hizo el Santo lo que el Angel le ordenò, y hallò la entrada tan desumbaragada, que sin que ninguno le pusièssè esto, y entrò hasta el aposento donde estava el mismo Emperador: el qual en viendo-le se enojò, y con rostro severo reprehendiò à los criados que le avian dexado entrar, sin hazer algun genero de cortezia, y de buena criança con el Santo Obispo, y el se estava quedo asfentado sin responderle. Mas subitamente cercò la silla en que estava asfentado vna llama de fuego, y començò à llegarle al cuerpo de Valentiniano: y èl conociendo que aquella no era cosa humana, se levantò desparado, y se humillò, y reverenciò al Santo: y sin esperar mas le començò todo lo que deseava: y despues le tratò con mucha familiaridad, y le combidò à comer, y le ofreciò varios, y ricos presentes: los quales San Martin (como fiel amigo de la pobreza) no quiso aceptar: y con mucha edifi-

Tom. III.

cacion del Emperador, y de su Corte, se bolviò à su Iglesia.

11. Asì como no se dexava vencer de las dificultades, y agravios en las cosas que emprendia por servicio del Señor: asì tampoco se desvanecia con las prosperidades, y favores de los Principes: antes siempre guardava vn mismo tenor de vida, y con vna Apostolica Magestad ajustava la Religiosa modestia: como parece en lo que le sucediò con el Emperador Maximo. Aviendo ido San Martin para tratar con èl de algunos negocios de gran caridad, y gloria del Señor, fue recebido de Maximo con suma veneracion, y regalado, y servido como vn hombre venido del Cielo. Entre otras cosas que hizo el Emperador para favorecer à San Martin, fue, combidarle à comer consigo: y aviendo finalmente alcançado del, con muchos ruegos, è instancia, que lo haria, se sentaron à la mesa, primero el Emperador, luego el Santo Obispo à su lado, y otros tres grandes, el vno Confesal, y otro hermano, y el tercero tio del Emperador: entre los quales se sentò el Clerigo que San Martin llevaba en su compania. Yendo el combite adelante, truxeron vna copa grande de vino à la vnança de la tierra, y pusieronla delante del Emperador para que bevièssè. El por el respeto que tuvo à San Martin, mandò que se le dièssè à èl la copa para que bevièssè primero, pretendiendo despues recibirla de su mano. Mas èl gran Prelado gustado que huvò el vino, luego diò la copa à su Clerigo: juzgando que en la mesa no avia persona (aunque fuesse la del Emperador) que se debièssè anteponer al Sacerdote. Y aunque pareció cosa nueva, y no vñada de otros Obispos (que algunas vezes con andar indignamente en las Cortes, y procurar la gracia de los ministros de los Principes, apocan, y envilecen su dignidad) toda via èl aver sido en tal caso, como despreciados, diò suma edificacion al Emperador, y à los otros señores que alli estavan, porque tenian à San Martin por vn hombre mas Divino, que humano. No fue de menos estima, y admiracion la honra que le hizo la Emperatriz muger de Maximo. Hallòse esta Princesa muchas vezes con su marido à oir los razonamientos del bienaventurado Obispo, y las palabras de vida que les decia: para despetarlos al menoscupio de las cosas inciertas deste siglo, y enamorarlos, y encenderlos al deseo de las eremitas. Y reverenciando con vna Fè, y afecto castissimo en Martin la persona de Christo (demàs de estar muchos ratos à sus pies, como otra Maria Madalena à los de Christo) quiso exercitar con èl tambien el oficio de Marta. Para esto le suplicò, y le importunò, que se dexasse servir, y tomasse vna sobria refecion de su mano: y aviendo solo negado muchas vezes el S. (porque no gustava de semejantes regalos de mugeres) interpuso la autori-

Bb 3 dad

dad del Emperador: al qual se rendió el S. Prelado, por tenerle mas grato para las cosas del servicio Divino que del pretenda. La devota Emperatriz, ella misma por sí le hizo sentar à la mesa; y le dió agumanos, y truxo la vianda que ella misma avia adereçado, y le sirvió la copa, y estuvo en pie mientras que duró la comida: haciendo oficio de humilde criada, con los ojos baxos, y con el coraçon gozosa, è intena à servir al Santo Obispo. Despues levantó la mesa, y recogió las sobras, hasta las migajas de pan, teniéndolas por preciosas Reliquias, y por vn gran tesoro. Raro exemplo por cierto en vna Princesa tan grande, de la reverencia que se deve à los Santos, y del respeto con que se han de tratar los Sacerdotes, y Prelados: y mucho para notar en tiempo tan estragado, y perdido como al presente tenemos. Admirable fue la humildad, y devocion de la Emperatriz, para honrar en su sietvo al Señor, y testificar la estima que tenia de aquel Santissimo Pielado, à quien servia, y venerava en la tierra, como si fuera venido del Cielo. Pero (aunque por diferente camino) no es menos admirable lo que vna santa Donzella hizo con San Martin, no por menospreciarle, sino por apreciarlo, y guarda de la castidad. Avia vna Donzella principal, y de estremada virtud, la qual por vivir en mayor recogimiento, apartada de los ojos, y peligros de los hombres, se avia retirado à vna casa suya de campo, donde avia vivido muchos años con gran fama de santidad. S. Martin yendo camino pasó por alli cerca, donde aquella Virgen morava: y queriendo el Santo honrarla, y animarla à llevar adelante sus santos propósitos, determinó de visitarla, y hazer con ella lo que nunca solia hazer con otras mugeres, porque no las solia visitar. Yà que llegava à la puerta de su casa, avisaron à la Donzella de la gran merced que Dios le hazia, yendo à visitarla vn varon tan eminente, y admittible. Creyeron todos que avia de alçar las manos al Cielo, y recibirle como à tan gran ministro de Dios, y tomar por testimonio de su recogimiento, el ver à San Martin en su casa. Pero ella estuvo tan en sí, que embió à suplicar al Santo, que no la viesse, para que la puerta de su casa quedasse mas cerrada à todos los otros hombres, pues no se abria al que era mas que hombre. El Santo accedó la escusa, y la alabó, y entendió, quan recatada, y quan zelosa era de guardar su honestidad, la que no queria ser vista de hombre, aun que fuesse de Martin. Embió despues la santa Donzella vn presente, y refresco, y el Santo le recibió con gran voluntad, diciendo: que no era justo que el Sacerdote desechasse lo que aquella santa Virgen le embiava, pues merecia ser preferida à muchos Sacerdotes. Y los que iban en su compañía, se maravillavan que lo recibiesse, porque nunca solia recibir presente que se le embiasse.

12. Acabando de contar San Severo Sulpicio el exemplo desta Virgen, dize estas palabras: *Oygan las Virgenes este exemplo, y para que los malos no rodeen sus puertas, cierruelas tambien à los buenos: y para que no lleguen à ellas con libertad los ruines, no tengan empacha de excluir à los Sacerdotes conrectos. Todo el mundo sepa, que vna Donzella no confió que San Martin la viesse. No desechó solamente à qualquier Sacerdote, pero no quiso ver al que dava salud à los que le veian. Esto es deste Autor.*

13. Pero que Maravilla es, que aya tenido San Martin tan gran paciencia, tan estremada sufrimiento, tan excelente mansedumbre, tan ardiente zelo de la gloria de Dios, y de propagar su Religion; tanta fortaleza, y constancia en los disfavores, y tanta humildad, y modestia en los favores de los Principes, y en espíritus excelso, magnanimo, y superior à todos los casos prosperos, y adversos de la tierra: pues aunque estava con el cuerpo en ella, con el coraçon habitava siempre en el Cielo, y por medio de la oracion se regalava, y entretenia con el Señor, y con los espíritus bienaventurados de su Corte Celestial. Siempre tenia à Dios presente, y en todas las criaturas veia à Dios, y ellas le servian de vn libro en que leia: y contemplava las infinitas perfecciones del Criador: y de todas las cosas sacava conceptos delicados, y documentos provechosos, y semejanzas acomodadas à la edificacion de los que tratan con él. En la Iglesia estava con tan grande devocion, y reverencia, que ninguno le vió en ella sentado, siempre estava de rodillas, è en pie, y con vn rostro amarillo, y temeroso: y preguntada la causa, dezia: *No quereis que tema, que està aqui Dios?* Era muy visitado de los Santos Angeles, de San Pedro, de San Pablo, de Santa Tecla, de Santa Inès, y de la Reyna de los Angeles, y Señora Nuestra Virgen Maria. Ofreciendo el Santo Sacrificio de la Misa, fue vista su mano adornada de riquissimas piedras preciosas: y en todo era muy regalado, y favorecido del Señor. Y tenia tan clara, y tan soberana luz, por medio de su oracion que no se le escondia cosa, y con grande facilidad distinguia las tinieblas de la luz, y los embustes, y lazos de Satanàs, de la verdadera, y solida vifitacion Divina: como le vez en lo que vna vez hizo. No lexos del Monasterio de San Martin avia vn lugar muy frecuentado de la gente: por pensar que avia en algunas Reliquias de los Martires, y aver puesto los Obispos passados vn altar en honra dellos. Y como San Martin inquiriesse el origen de aquella devocion, y no la hallasse, ni fundamento della, tuvola por sospechosa, y determinó de no ir à aquel lugar, por no autorizarle con su presencia, ni quitar su devocion al Pueblo. Pero vn dia llevando consigo algunos pocos de sus Frayles, se fue à él, è hi-

zo oracion à Dios, suplicandole, que le revelasse lo que avia en aquel sepulcro. Vió luego vna sombra horrible, y espantosa, à la qual mandó, que dixesse quien era? Respondió, que era el alma de vn ladrón, que avia sido muerto por sus delitos, y era celebrado como Martir, por engaño del Pueblo; pero que el no tenia que ver con los Martires, porque ellos estavan en la gloria, y èl en las penas del infierno. Con esto el Santo mandó derribar el Altar, y libró à su Pueblo de aquel engaño. Y por este exemplo, y algunos otros que han sucedido, haze la Santa Iglesia tan grande examen de la vida, y milagros de los que ha de canonizar: para no proponer à los Fieles por Santos, sino à los que es muy cierto, y averiguado que lo son. Pretendiendo el comun enemigo engañarle, vn dia estando San Martin en su celda orando, vino à él rodeado de luz, vestido con ropas Reales, y con vna corona de oro, y piedras preciosas, y el calçado rico, y dorado à maravilla: con vn rostro sereno, y alegre, y que ninguna cosa parecia menos que lo que era. Estuvo San Martin algo suspeso à la primera vista, hasta que el demonio le dixo, que era Christo, que baxava del Cielo à la tierra, y que le avia querido vifitar, y manifestarle primero à él que à otros. Y el Santo entendiendo por revelacion de Dios, que aquel no era Christo, sino Antecristo, y enemigo de toda verdad, le respondió: *Nuestro Señor Jesu-Christo no dixo que avia de venir vestido de purpura, y coronado, y adornado de diadema: nino jamas creeré que es Christo, el que na viniere con el habito, y figura en que Christo padeció, y no truxere las señales de la Cruz en su cuerpo.* A esta voz desapareció como humo aquel enemigo del genero humano, dexando vn olor tan sucio, y abominable en la celda, que solo bastava para declatar quien era, y lo que pretendia. Fue tanto lo que esta bestia temia à San Martin, y el la menospreciava, y corria, que no se puede facilmente creer. Por donde aviendo engañado à vn Monge, llamado Anatolo, con varias ilusiones, por las quales el pobre dava à entender, que los Angeles le vifitavan: para provar que esto era verdad; vna noche apareció entre los otros Monges muy resplandeciente, vestido con vna ropa labrada con estremada arte, y primor. Y estando todos sospechosos, y temiendo que no fuesse, como era, engaño del enemigo, y llevando al Monge así vestido, como por fuerça à San Martin, aquella ropa desapareció, y el demonio descubrió la maraña, y no se atrevió à parecer delante del Santo: entendiendo, que toda aquella escucidad se avia de deshazer en presencia de tan grande luz.

14. Porque tenia San Martin tan grande imperio sobre los demonios, que quando llevavan à la Iglesia los que dellos eran atormentados, para que el Santo los fuslasse en saliendo de la celda de su Monasterio para venir à la Ciu-

dad, eran tan espantosos los gestos que hazian, y tan horribles los alaridos que davan, que luego se entendia por cierto, que el Santo Obispo venia à la Iglesia. Y no chava à los demonios con amenazas, voces, y espantos (como lo hazian los otros exorcistas) mas vestido de vn aspero cilicio, y cubierto de ceniza se postava en tierra, y con las armas de la santa oracion los rendia, y sujetava.

15. Fueron tantos los milagros que S. Martin hizo en este genero, y todos los demás, para salud de las almas, y de los cuerpos, y para remedio de todos los males de los que à él se encomendavan, que no se pueden en pocas palabras referir. Vealos quien quisiere en San Severo Sulpicio, que con escrivir muchos, dize que son pocos, respeto de los que dexa. Y en San Gregorio Turonense, que escrivió quatro libros enteros de los milagros de San Martin. A nosotros bastanos brevemente dezir, que fue tan milagroso, y tan enriquecido de prodigios Divinos este santissimo varon, que parece que Dios le avia hecho señor de todas las criaturas: y dadole dominio sobre los demonios, y sobre los hombres; sobre los Cielos, y sobre los elementos: sobre todas las enfermedades, y sobre la misma muerte: sobre las aves, los pezes, y los animales, y que con su oracion, con su palabra, con su invocacion, con olio por el bendito, y con las cerdas de su cilicio, y polvos de su sepulcro, y con solo el nombre de Martin, hizo innumerables milagros el Señor en su vida, y despues de muerto, para hazerle mas glorioso, y venerable en todo el mundo. Y no solamente hizo el Señor milagros por intercession de San Martin; para beneficio de muchos otros, sino tambien para librarle à él de los peligros, y males en que estava. Como le aconteció vna vez, que estando durmiendo en el suelo se pegó fuego al aposento en que estava; y desesperando el Santo, y viendose cercado por todas partes de las llamas, y queriendo abrir la puerta que estava cerrada, no pudo: y volviendose à Dios se puso en oracion en medio de las llamas, las quales se retiraron; y recogieron, y huyeron; y el licencioso se apagó, y èl quedó libre, y sin lesion alguna. Acosavase despues por aver tardado tanto en recurrir à la oracion, y hazer la señal de la Cruz, y por aver tomado antes otros medios humanos. Tambien rivo el don de profecia, y alumbrado con el espíritu del Cielo anunció las cosas que avian de suceder, mucho antes que sucediesse; entre las quales dixo à Maximo Emperador, que no passasse à Italia: porque si passava, aunque al principio alcanzaria victoria de Valentiniano Emperador el moço, despues seria vencido, y se perderia, como se perdió, y perció.

16. Con aver sido este gloriosissimo Pontifice tan admittible, y tan grande en los ojos de Dios, permitió èl que cayesse en vna culpa, para

para exemplo, y aviso nuestro: y fue assi, que aviendo el Emperador Maximo mandado matar à Prisciliano herege, por acusacion, y zelo indifere de algunos Obispos, que le hizieron juez de aquella causa Eclesiastica: y siendo por ello excomulgados, y comunicando con el los otros Obispos, por lisongear à Maximo, S. Martin vino à Treveris donde el Emperador estava, para tratar con el algunos negocios de grande importancia para bien de la Iglesia. Y no queriendo al principio comunicar, y tratar con aquellos Obispos, por verlos apartados de la comunión de la Iglesia, despues se dexò vencer; porque el Emperador sentia mucho que no lo hiziesse, y deseava ganarle la voluntad, para alcançar del mas facilmente el buen despacho de los negocios que traia. Mas despues llorò tanto esta culpa, que para consolarlo, fue menester que Dios le embiasse vn Angel, que le dixo, que con razon se compungia, y llorava aquella culpa, aunque avia tenido alguna excusa, por la ocasion, y fin de hazer mejor los negocios de Dios; pero que se enmendasse, y cobrasse su antigua constancia. Y como despues no echasse los demonios de los cuerpos, ni sanasse à los enfermos con tanta facilidad como solia, dezia con muchas lagrimas, que por aver comunicado con aquellos Obispos, apartados de la Iglesia (aunque por tan breve tiempo, y compellido de la necesidad) Dios le avia castigado, y disminuido la gracia de hazer milagros; y los diez y seis años que despues desto vivió, se apartò con gran cuydado de las juntas de los Obispos, por no caer en otro semejante peligro.

17. Avia yà llegado nuestro Santo Obispo, à edad de ochenta y seys años, con grandes ansias de verse libre de las miserias desta vida, y de gozar en la otra de la vista del Señor, y tuvo revelacion que Dios le queria cumplir sus deseos, y que se llegava yà su fin: y claramente lo dixo à sus discipulos: mas no por esto dexò de velar sobre su grey, y de hazer oficio de vigilante, y sollicito Pastor. Porque aviendo sucedido en aquellos dias cierta discordia entre los Clerigos de vn lugar, que se llamava Condato, determinò ir por su persona à pacificarlos, juzgando, que no podia acabar mas dichosamente su vida, que dexando todas sus Iglesias en buena paz, y concordia. Aviendo, pues, ido, y con la Divina gracia concertado las cosas à su gusto, estando para volverle à su Monasterio començò à sentir vna gran flaqueza, y falta de fuerzas; y juntando sus discipulos, les dixo, que yà aquella su casa de barro estava para caer, y que necessariamente los avia de dexar. Levantaron luego todos vn grito al Cielo, y con tristes suspiros, solloços, y lagrimas, le dixerón: *Porque nos desamparas Padre Santo? A quienes dexas desconsolados, y afligidos? Los lobos hambrientos daran en este tu rebaño: y perdido el Pastor, quien de sus dientes se podrá defender? Bien sabemos tus ansias, y deseos en-*

*cedidos de ver à Christo, mas tu premio està seguro, y por dilatarse vn poco no se disminuirà. Ten cuenta con nuestra necesidad, que quedamos en tan manifiesto peligro. No pudo el siervo de Christo dexar de enteneccerse, quando oyò las palabras tan tiernas, y dolorosas de sus Discipulos, ni de llorar con los que lloravan, y bolviendo los ojos con grãde afecto al Cielo, dixo: O Señor, si yo toda via soy necesario à tu Pueblo, no huygo del trabajo, hagase en tu santissima voluntad en todo. En las quales palabras mostro que estava suspenso, y que no sabia qual de las dos cosas devia escoger, ò quedar en la tierra por Christo, ò dexar la tierra por el mismo Christo: y diònos exemplo, que en todas las cosas nos devemos remitir à la voluntad del Señor, y ponernos en sus benditas manos, con grande indiferencia, para que haga de nosotros en todas lo que fuere servido. Y assi hablando San Bernardo desta resignacion de San Martin, dize estas palabras: *Ofrecido aveys Santo glorioso à nuestro unico hijo Isaac, que tanto amovades, y de vuestra parte le sacrificastes. Aveys inmolado con piadosa devocion el gozo singular de nuestro coracon, estando apartado para bolver otra vez à los peligros, y pelear de nuevo, y tomar nuevos trabajos, sufrir tribulaciones, y alargar las tentaciones, y dilatar aquella tan gran felicidad, y deseada compania de los espiritus bienaventurados, estando yà à la puerta de vuestra gloria, tornar à las miserias desta vida: y lo que es mas dificultoso, estar mas tiempo apartado de Christo, si el mismo Christo lo huviera querido. Esto es de San Bernardo. Estava muy fatigado de vna tocia calentura, sin afloxar vn punto el rigor de su oracion, y meditacion, echado en el suelo en aquella regalada cama de ceniza, y cilicio, sustentando con la vehemencia del espiritu, la flaqueza del cuerpo, afirmando, que de aquella manera avia de morir el Christiano, y el Soldado con las armas en la mano. Y como estuviessse echado de espaldas, mirando con grande atencion al Cielo, le rogaron, que à lo menos se bolviessse sobre vn lado para descansar vn poco: mas el Santo respondió: *Dexadme, hermanos, que yo mire antes al Cielo que à la tierra, para que el alma por su camino derecho vaya à su Criador. Despues desto viò al demonio, que se le puso delante, y el con grande espíritu, y confianza, le dixo: Que hazes tu aquí, ò bestia sangrienta? No hallaras en mi traydor, cosa que sea tuya, el seno de Abraham me recibirá. Y con esta voz espirò. Quien le tendrà por seguro à la hora de la muerte de tan mal encuentro, sino lo estubo San Martin? A quien de nosotros no acometerà, el que acometerò al que tantas veces, y tan gloriosamente le avia vencido: Quedò el cuerpo del Santo hermoso, con la cara resplandeciente, y todos aquellos miembros mortificados, consumidos, y secos, tan blancos, frescos, y tratables, que parecia que se iban transformando en el estado de la gloria. Y el mismo***

en el mismo tiempo se oyeron en el ayre voces de suavissima harmonia, que cantavan los Angeles, y no solamente fueron oidas donde murió S. Martin, y en su camara, sino tambien en la Ciudad de Colonia, el bienaventurado San Severino Obispo, y vn Arcediano suyo, gozaron de aquella Celestial consonancia. Y el mismo San Severino tubo revelacion, que avia durado aquella musica todo el tiempo que los infernales Ministros de la eterna justicia estavan al passo, para detener, y examinar (aunque en vano) à San Martin. De donde podemos facer, con quanto rigor se tratan los pecadores en la otra vida, pues aun los justos son examinados tan por menudo. En labiendò el glorioso transito de San Martin, fue increíble el sentimiento que todos aquellos Pueblos recibieron, por aver perdido vn tal Padre, Pastor, y Maestro, y vnicò refugio en todas sus tribulaciones. Vinieron llenos de tristeza, y amarurà à celebrar las exequias de su Santo Obispo, en las quales se hallaron dos mil Monges, y todos criados con la doctrina de tan Santo Pastor, y vn coro de Virgenes castissimas, y vna muchedumbre de gente innumerabile, que viendo aquel cuerpo, y acordando de las virtudes de aquel espíritu que antes de la regia, y aca gozavà de Dios: por vna parte lloravan su pérdida, y por otra se alegravan de su ganancia; y con Himnos, Psalmos, y Canticos Eclesiasticos le llevaron, con mayor pompa, y triunfos que ningun Emperador jamàs triunfò. Huvo grande contienda entre los Pueblos de las Ciudades de Pueris, y de Turs, sobre qual dellas avia de possèer el cuerpo de San Martin; y gozar de tan precioso tesoro: alegando cada vna de las partes sus razones. Pero al fin los de Turs (cuyo Obispo el Santo avia sido) dumiendo los contrarios, y velando ellos, llevaron à su Ciudad el santo cuerpo de su Obispo, y le sepultaron con grande honra, devocion, y reverencia. Fue la muerte de San Martin à los onze del mes de Noviembre; vn Domingo en la noche; el año del Señor de 402: siendo Emperadores los dos hermanos, è hijos del gran Teodosio, Arcadio, y Honorio. Viviò San Martin ochenta y seys años; aunque en lo de su edad ay varias opiniones, por que algunos le dan solos ochenta y vn años; pero el Cardenal Baronio prueba, que nació San Martin el año de 316 y començò à militar de edad de diez y siete años, y que se bautizò de treinta y tres, y de quarenta dexò de ser Soldado; y que murió el año del Señor de 402, siendo de ochenta y seis. Como lo podrá ver el que quisiere en las Anotaciones del Martirologio Romano, que estan enmendadas en esta polvtrera edicion, y en el 3. 4. y 5. tomo de sus Anales. Y desta verdad se sigue, ser falso lo que algunos escriven, que San Ambrosio estando en el Altar para dezir Missa, se atropò, y se hallò presente en espíritu al entierro de San Martin; porque San Ambrosio murió cinco años an-

tes que San Martin, y no pudo hallarse à su enterramiento.

18. La vida de San Martin escrivió San Sulpicio Severo, Obispo, que (como diximos) fue amicissimo, y Discipulo suyo, y muy eloquente Varon: y San Paulino Obispo de Nola, que tambien conociò à San Martin (y estando casi ciego de vn ojo, por vna nube que se le avia hecho en el), tocandole la mano con vna esponja, le sanò) escrivió seys libros en verso de su vida: aunque otros hazen Autor de estos seys libros à otro Paulino, que vivió en tiempo de Perpetuo, Obispo de Turs, y sefenta y quatro años despues de la muerte de San Martin. Y San Gregorio Turonense, que assimismo por intercession de San Martin recibió la salud algunas vezes milagrosamente, comprehendió en quatro libros sus milagros. Lo mismo hizo Venancio Fortunato, Obispo de Pueris, en otros quatro libros en verso, en reconocimiento de averle Dios librado de vn dolor de ojos gravissimo, por las oraciones de S. Martin, vntandose con el agua de su lamparà. San Odon Abad escrivió la historia de la traslacion del cuerpo de San Martin à Boigonia, y vn tratado de sus alabanzas; y otros muchos santissimos Varones exercitaron sus ingenios, y estilo en escrivir la vida, y milagros deste santissimo Varon: como Herberno Obispo Turonense, Riquerio Merense, Gibeiro Gembracense, Hononio Agulfundense, y de los Griegos, Sozomeno, y Niceforo Calixto.

19. En todo el mundo ha sido celeberrissima la memoria deste Santo, y oy dia lo es, y más en el Reyno de Francia, donde algunos Escritores, que escrivieron despues de la muerte de San Martin, cuentan los años desde su muerte; conto cosa tan señalada, y notable. Todos los que hablan del, encarecen sobre manera sus virtudes, hazñas, y milagros. El gran Patriarca San Benito tuvo tan gran devocion à S. Martin, que le edificò vn Oratorio en el monte Casino: y San Mauro Abad su Discipulo, siguiendo las pisadas de su santo Padre, y junto à su Monasterio le hizo vna Iglesia, y se retirò en vna casilla cerca della, para aparcarle à mirar, y darse con ellas fervor à la contemplacion; y allí estubo dos años y medio, hasta que diò su espíritu al Señor. Y San Vuillebrodò, Arzobispo, y San Suviberto, Obispo en la Ciudad de Trech conflagraron la Iglesia Cathedral en honra de S. Martin. San Gregorio Turonense, dize del: *O bienaventurado Varon, en cuyo transito cantan los Santos, y los Angeles, se alegras, y toda la Corte celestial se sale à recibir, y el demonio se confunde, y la Iglesia roma fuerzas, y los Sacerdotes tienen revelacion de su gloria. S. Miguel con los Angeles le recibió, y la Virgen Santissima con vn coro de innumerables Virgenes, y todo el Paraiso le tiene gozoso en compania de los Bienaventurados. Pero que podemos nosotros dezir del? La alabanza de Martin, es en el Señor,*

Señor, à quien el nunca cessa de alabar. S. Bernado dice del, que fue muchas vezes Martir con el afecto de vna voluntad devotissima, y en falga sus virtudes en gran manera. El Beato Pedro Damian, le llama Noble Confessor, gloria de los Sacerdotes, perla preciosa de los Obispos, regla de los Clerigos, y lumbré, y ornamento de los Monges, de cuya fama está lleno el mundo; y creció tanto su virtud, que parece que llegó à igualar con la de los Apóstoles. *Por toda la redondez de la tierra (dize) se ha espendido la memoria de tan gran Pontífice, y de quien se vea en la Fe de Christo, suena también la vida de Martin. El Emperador es glorificado en su soldado, y el soldado es alabado en el Emperador, y la Iglesia de Tur, por tener el cuerpo de Martin, ha sido enriquecida de los Reyes, y adornada de los Principes, y sublimada con prerrogativas, y privilegios de los Romanos Pontífices.* Y añade, que algunas Iglesias Catedrales se han fundado à honra, y nombre de S. Martin. Pero no solamente se han fundado muchas Iglesias con nombre de San Martin, sino tambien muchos Pueblos han tomado este nombre por devocion, y honra deste Santo. Odon primero Abad Cluniacense, escribió vn tratado de las alabanzas de San Martin, cuyo titulo es: *Quod Beatissimus Martinus par dicitur Apostolus*, que el Beatissimo Martin, se dize, que es igual à los Apóstoles, y valo provando por la santidad de la vida, por la dignidad de Obispo, por el zelo de las almas, y por las innumerables que convirtió, y por la muchedumbre de milagros que hizo: guardando siempre el respeto à la cumbre, y magestad Apostolica, à la qual reconocen todos los Santos. Finalmente todas las Naciones, Provincias, y Reynos, han sido ilustros con la vida esclarecida deste santissimo Pontífice, y favorecidos con sus milagros, y los Principes en la paz, y en la guerra, han experimentado quanto vale delante de Dios su intercessión. Y especialmente los Reyes de Francia, que quando salian à la guerra, llevaban consigo el manto de San Martin, pareciendoles que con tal prenda, y defensor estaban seguros de la victoria. De San Martin, demás de los Autores arriba referidos, escribe el Cardenal Baronio en sus Anotaciones del Martirologio Romano, y en el tercero, quarto, quinto, sexto, septimo, y octavo tomo de sus Anales.

LA VIDA DE SAN MENAS, SOLDADO, y Martir.

A 11. de Noviembre.

Fue San Menas Egipcio de Nacion, Soldado, è illustissimo Martir, el qual hallandose en guarnicion en vna Ciudad de la Provincia de Frigia, ò Asia Menor, llamada Corico, y oy à lo que dicen, Cure: entendiendo que se publicava vn edicto de los Emperadores Diocleciano, y Maximiano, muy

riguroso contra los Christianos, dexando el cinto, y dignidad militar, y el servicio de los Emperadores, se retirò à vn desierto, donde estuvo cinco años haciendo vida solitaria, y de grande aspereza, como ensayandose con ayunos, oraciones, y penitencias, para entrar en la batalla que esperaba, y dar su sangre por el Señor. Pasados los cinco años, inspirado por Dios, bolvió à la Ciudad vn dia en que se celebravan fiestas, y todo el Pueblo estava junto en el Teatro, para ver ciertos exercicios militares, como justas, ò torneos.

Entrò Menas en medio deste espectáculo, con vestido roto, y vil, y como vn hombre despreciado, y con voz alta, y rostro alegre, y grave, comenzó à decir aquellas palabras de Iosias: *He sido ballado de los que no me buscan, y manifestado à los que no me preguntan*: para dar à entender, que no venia forçado, sino de grado, y por su voluntad se ofrecia al martirio. Todos los circunstantes pusieron luego los ojos en Menas, maravillados de su traje, oadia, y libertad. Echaron mano del, llevaronle à Piero Presidente, y confesandole que antes avia sido Soldado de los Emperadores, y que era Christiano, le mandò llevar à la carcel, y (por no interrumpir las fiestas que se hazian) que el dia siguiente le presentassen delante su Tribunal. Procurò el Juez con blanduras, y palabras halagueñas, ofrecimientos, y promesas, tentar el pecho del Santo Martir, y atraerle à que negando à Jeshu Christo, adorasse à sus falsos Dioses: y como no le aprovechassen todas sus artes, y mañas, y el Santo Martir le respondiè con gran brio, y libertad, convirtiò toda aquella falsa blandura en crueldad, y mandò tender en el suelo, y agotar cò nervios crudos, hasta que obedeciese à los mandatos de los Emperadores. Hirieronle muy crudamente, y falia de sus heridas rios de sangre, que regavan el lugar en que le atormentavan. Levantarónle en el equileo, rasgarò con vias de hierro sus carnes, quemaron con achas encendidas sus costados, fregaron con vn ciltico aspero sus llagas, arrastraron su cuerpo por el suelo sembrado de abrojos, quebrantarónle de nuevo con varas, y con plumadas, dieronle grandes puñadas, y golpes en su rostro: y el valeroso Cavallero de Christo estava con vn coraçon esforçado, y quieto, con vn semblante sereno, con vna boca llena de risa (como sino fuera èl, sino otro el que padecia) haciendo burla de sus tormentos, y pidiendo à los impios ministros, que se los acrecentassen; porque decia, que era poco todo lo que avia sufrido, y todo lo que podia sufrir, para lo que Dios merece, y èl desfavorecido por èl. De manera, que el Juez, y sus Ministros, y los mismos atormentadores citavan atonicos de ver tan estreitada constancia, y tanta alegría en tan graves penas. Quisieron algunos antiguos amigos suyos persuadirle, que dexasse aquella (que ellos llamavan) obstinacion, y locura, y que no perdiese la vida (que es tan dese-

deable) ni las comodidades, honras, y regalos que podia tener. Y èl como si fueran silvos de alguna venenosa serpiente, así arapò sus oídos à las palabras que le dezian, teniendo por enemigos capitales à todos los que con la esperanza desta vida fragil, y transitoria, le pretendian apartar de la perdurable, y eterna. Finalmente el Presidente vistò la constancia del Soldado del Señor, pronunciò sentença de muerte contra èl, mandando que fuese degollado, y quemado. Llevaronle à vn lugar, llamado Potemia, concurrió mucha gente à aquel espectáculo, y èl con su vestido pobre, como persona que tenia en poco lo de acá, levantando los ojos al Cielo, y puesto su coraçon en Dios, hizo oracion, y suplicò con grande afecto al Señor, que en aquella hora le favoreciesse, y le diese victoria por Jeshu Christo su hijo; para que libre de las miserias desta vida, le pudiesse ver, y adorar, y gozar para siempre de su gloriosa presençia. Acabada esta oracion fue degollado, y su sagrado cuerpo echado al fuego para ser quemado. Mas fue el Señor servido, que algunos hombres piadosos se dieron tan buena maña, y diligencia, que pudieron recoger del fuego algunas de sus preciosas reliquias, y embolverlas en lienços limpios, y vnguentos olorosos, y llevarlas à su patria, y colocarlas honorificamente, como èl mismo Santo antes que murièse se lo avia mandado. Fue el martirio de S. Menas à los onze de Noviembre; por los años de Christo de duçientos y noventa y seys, impetrandolo ya nombrados Diocleciano, y Maximiano. Hizo Dios muchos, y muy grandes milagros despues de muerto, por este glorioso Martir. Los quales refiere Timoteo Arceobispo Alexandrino, y los trae Metastases, Lipomano, y Laurencio Suario. Vno fue yendo vn Cavallero à Alexandria à visitar algunas reliquias del Santo Martir, que se avian trasladado à vn Templo sumptuoso que alli se le avia edificado, y llegando à vn Pueblo llamado Lokoneta, entrò en vn meson, y fue muerto del mismo mesonero, por hurarle el dinero, que llevaba. Pero luego apareció S. Menas, y resuscitò al muerto, y convirtiò à penitencia al matador, y con este milagro muchos Gentiles recibieron la lumbré del santo Evangelio, y otros Hereses se reduxeron à la Fe Carolica. Otro fue de vn hombre rico, y devoto, llamado Eutropio, el qual aviendo determinado de ofrecer al Santo vn vaso de plata muy rico, y gracioso; despues se arrepintió, y resolvió de darle otro del mismo peso, no de tan linda hechura: mas llevando à lavar vn esclavo suyo el vaso de plata à vna laguna, cayó en ella el vaso, y el esclavo que le llevaba: y el Santo le socorrió, de manera, que librò al moço de las agus con el vaso en la mano: y el amo reconociendo su culpa, y que avis hecho mal en trocar la voluntad que antes avia tenido de dar el vaso mas hermoso al Santo; y ofreció los dos que tenia, y al

esclavo que San Menas avia librado de aquel peligro, para que le serviciosse perpetuamente en su Templo. Tambien cuenta Timoteo otro milagro de vna muger virtuosa, rica, y honrada, que se determinò de ofrecer parte de su hacienda al Santo Martir, por tener hijos: y aviendo se puesto en camino, sola, con este intento, y devocion, cayó en manos de vn hombre perdido, que quiso hazer fuerza à su castidad. Y como ella no consintiese, y aquel lazo del demonio perseverasse en su mal intento, San Menas à cavallo se puso delante de los dos, y comandò sobre su cavallo à la pobre muger, que con muchas lágrimas le invocava, la llevò hasta su Templo, y arrastrò à aquel soldado, y hombre facinoroso, que la queria asentar. Y de esta manera la muger quedó libre, y el hombre abrid los ojos, y reconociò su culpa, y pidió pardon al Santo, y perseverò toda su vida en oracion, y penitencia. Tambien fue insigno milagro el que obrò Dios con vn Judio, por intercessión deste Santo Martir; porque aviendo vn Judio dado à vn Christiano grande amigo suyo, vna bolsa de dineros sellada, para que se la guardasse: despues el Christiano ciego con la codicia, se la negó. Tomaron por partido para averiguar la verdad, que el Christiano jurasse sobre las reliquias de San Menas, si avia recibido aquel dinero, ò no, è hizo el Christiano, creyendo neciamente, que no pecava, por ser el otro Judio, y no Christiano. Pero el Santo por vna manera estraña resistió à el Judio su bolsa cerrada, y èl se convirtió con toda su casa, y familia à nuestra Religion; el Christiano llorò su pecado, y ofreció al Santo la mitad de su hacienda, y se dedicò al servicio de su Templo, y perseverò en èl, llorando sus pecados, y haziendo penitencia toda su vida. De San Menas escriben todos los Martirologios, el Romano, el de Beda, Viuardo, y Adon, y los Griegos en su Menologio, y Metastases, y los demas que escriben vidas de Santos. Porque (como diximos) San Menas fue muy illustre, y muy celebrado en el Oriente. Pero advierta, que ay otro Menas Martir, que murió en Alexandria en tiempo del Emperador Maximino, con otros sus santos compañeros, cuya fiesta se celebra à los diez de Diciembre: el cuerpo deste Menas Alexandrino se trasladò à Constantinopla, donde el Emperador Juliano le edificò vn Templo; y algunos Autores los confunden, y de dos Menas hazen vno.

Marty.
Rom. 10.
Decemb.
Baron. in
annotat.
Martyrol.
10.
Decemb.

LA VIDA DE SAN DIEGO, DE LA Orden de los Menores, Confessor.

El humilde, y bienaventurado Padre A 12. de Fray Diego, Religioso de la Orden de S. Francisco, fue de vn lugar pequeño de Andaluzia, llamado San Nicolas, entre Gaçalla, y Constantina. Viviò algun